



MIS VIVENCIAS. De la II República a la democracia.

JOSÉ POLLÁN. Les Corts

Encuentro una buena idea este proyecto de VIVENCIAS, ya que es una de las maneras de que se conozca cómo se vivía hace 60 o 70 años, contado por ciudadanos de a pie.

Mi felicitación a las personas que han tenido la idea.

Al colaborar, no trato de ser “protagonista”. Mi único interés es que se conozca la vida tan dura que tuvieron aquellas personas y la muerte de muchos por capricho de otros.

NDICE DE TEMAS

Mi infancia
2ª República
Guerra Civil
Salida de Madrid
Llegada a Valencia
Traslado a Murcia
Termina la guerra
Regreso a Madrid
40 años de dictadura
Muere el dictador
Democracia

MI INFANCIA

Nací en Madrid en 1924. Viví en una buhardilla de la calle Ferraz, que era la casa de mi abuela, donde vivíamos, además de mi abuela, mi padre, su hermana y yo. Mi madre murió a consecuencia del parto.

No teníamos agua corriente y, naturalmente, ni ascensor.

En 1929 a mi padre le contrató una empresa de Barcelona. Le parecieron buenas las condiciones económicas y nos fuimos a Barcelona los tres: mi padre, mi tía y yo. Mi abuela había muerto en 1928.

De estos años, poco recuerdo. Sólo un poco del Paseo de Rosales, donde me llevaban a tomar el sol.

LLEGADA A BARCELONA

Del piso de Barcelona, recuerdo más cosas, dado que vivimos allí hasta el año 1932.

Era en el número 212 de la calle Viladomat. No teníamos ascensor, pero sí agua corriente.

Una de las cosas que me llamó la atención de Barcelona fueron los carros de cuatro ruedas (ahora ya no existen), que se utilizaban para el transporte de maquinaria. El día que me enteré, me quitó "una preocupación". En Madrid no habían estos carros.

Recuerdo que iba al Colegio Academia Goya, y mi profesor se llamaba D. Francisco. Tenía un compañero llamado José Cebrián. También recuerdo el cine Provenza y las películas del gordo y el flaco.

Mi tía me contaba cosas de la familia, sobre todo de la guerra de Marruecos, que había ocurrido anteriormente, y de los conocidos que murieron allí.

En estos años la situación política no era buena. Teníamos muchas huelgas.

LA II REPÚBLICA

El 14 de abril de 1931, por unas votaciones, se proclamó la II República. Yo tenía entonces siete años y, como es de imaginar, no podía comprender lo que aquello suponía para los españoles.

Vi mucha gente con una gran alegría, cantando en coches y camiones con banderas y dando vivas a la República. Me pareció que tendría que ser algo bueno.

Con el paso de los años, comprendí la alegría de aquellas personas, que tenían en la República la esperanza de vivir un poco mejor (peor no podía ser). Desgraciadamente, los militares, la iglesia y los capitalistas se encargaron de que no fuese mejor.

A la República apenas la dejaron gobernar. Una de las grandes mejoras que hizo fueron los colegios, ya que construyeron muchos. Entonces teníamos una gran cantidad de analfabetos.

A los cinco años de la proclamación de la República, se sublevaron los militares y llegó la Guerra Civil.

La guerra duró tres años. España quedó destruida, con una gran cantidad de muertos, muchos desaparecidos y un gran número de encarcelados (muchos de ellos, durante ¡cuarenta años!).

Los capitalistas y los empresarios fueron los primeros en dar la espalda a la República. Despidieron personal de sus empresas. Teníamos una huelga tras

otra. Unas veces eran los metalúrgicos, otras eran los albañiles. Total que, con los sueldos de miseria que tenían, sólo les faltaba perder días de trabajo, para que las necesidades fueran mayores.

Una de las personas que conocí, cuando tuve edad de trabajar ya después de la guerra, fue a Luis Vilalta, que me contó, entre otras cosas de aquella época, que vivía en Pueblo Nuevo, y los vecinos se ayudaban entre ellos. Cuando uno estaba en huelga, le socorría el que trabajaba.

La empresa donde trabajaba mi padre no podía salvarse de la situación, que cada día era más grave económicamente. Despidieron personal y los jornales los pagaban con retraso. En casa recurrieron a alquilar dos habitaciones para suavizar la situación.

En 1932, al ver mi padre que la empresa era cada vez más negra, escribió a Madrid, de donde salió de encargado, pidiendo trabajo. Le contestaron que podía regresar como oficial de 2ª, y trabajando tres días a la semana. Las condiciones eran malas, pero las aceptó, ya que lo de Barcelona parecía acercarse al final.

Nos trasladamos a Madrid en 1932 o 1933. Recuerdo que era verano, y yo no tenía colegio. Mi padre trató de vender recambios de automóviles los días en que no trabajaba.

Alquilamos un piso en la calle Embajadores número 104. Era muy sencillo. Sólo tenía dos habitaciones y agua corriente.

Tratando de mejorar económicamente, mi padre se ofreció a otra empresa del ramo, afincada también en Madrid, en el barrio de Argüelles, y donde ya tenían referencias de él. A los pocos meses, le llamaron y pudo trabajar la semana completa.

Para estar más cerca del trabajo, nos cambiamos de piso y fuimos a la calle Gaztambide número 26. Allí nos cogió la sublevación de los militares.

GUERRA CIVIL

La casa donde vivíamos estaba una manzana detrás de la fábrica Perfumería Gal. Delante de la perfumería estaba la Plaza de la Moncloa, más allá el Parque del Oeste y el Cuartel de Godet. O sea que vivíamos en un buen sitio, hasta que los militaritos, el 18 de julio de 1936, se sublevaron y convirtieron toda una zona estupenda en campo de batalla.

Los primeros tiros y bombas los oímos ese día. Venían del Cuartel de la Montaña.

Tengo una foto en la memoria. Nosotros vivíamos en el piso 1º 1ª, y en el 1º 2ª vivía un matrimonio; ella se llamaba doña Sole, y él era militar teniente de ingenieros, destinado en el cuartel de la Montaña.

Cuando los facciosos se rindieron, a este vecino le salvó un oficial de la Guardia de Asalto que le conocía y respondió por él. Vinieron dos milicianos a traerle a casa para protegerle, con el llanto de la mujer, que se puso histérica. Los vecinos salieron a la escalera para verle y, como no, yo también. Venía sin la gorra, y con sangre en la guerrera, pero no estaba herido. Yo me fijé en los mosquetones que traían los milicianos (eran los primeros que veía). El mosquetón de uno de ellos, en lugar de correa para ponérselo en el hombro, tenía una cuerda.

Los milicianos eran personas civiles, que ayudaron a los guardias leales a la República y sacaron armas de donde pudieron.

No recuerdo los días que estuvimos viviendo en la calle Gaztambido, 26, después de que empezó la guerra.

Lo cierto es que los rebeldes se acercaron mucho a Madrid y por el barrio cayeron algunas bombas. Un día, al siguiente de un bombardeo, fui con mi padre a un garaje cerca de casa para ver el boquete que hizo una bomba allí. Decían que era de un avión. Lo cierto es que dejó un agujero donde cabía un coche.

Pasaron los días y empezaron los bombardeos de la aviación más seguidos. Siempre los hacían por la noche. Unas veces sonaban las sirenas y, a medio vestir, empezaban a caer las bombas. Otras veces, caían antes de que sonaran las sirenas. Tuvimos suerte, no cayó ninguna en casa.

Cuando bombardeaban, nos metíamos en un sótano de la lechería del barrio. No sé la seguridad que tendríamos allí, pero entonces no teníamos otra cosa. Luego hicieron refugios más o menos seguros. También se empleó el metro como refugio. Había familias que, con un colchón en el suelo, pasaban la noche allí.

Un día, seguramente sería domingo porque mi padre no fue a trabajar, el bombardeo fue casi continuo. Yo pasé el día en el refugio; mi padre sólo hacía que mirar en dirección al Parque del Oeste; y mi tía subía a casa y bajaba, haciendo la comida. Yo, con ganas de meter la nariz en la calle, y no me dejaban.

Poco antes del anochecer, mi padre, mirando la esquina de Gaztambide y Fernando el Católico, vio como los milicianos se escondían y sacaban la cabeza en dirección a la Plaza de la Moncloa. Comprendió entonces que los facciosos estaban avanzando por esa parte. Bajó al sótano de la lechería y le dijo a mi tía: "Vamos a casa. Cojamos lo que podamos y vámonos. A mí no me coge esta gentuza". Le pareció que esa noche entrarían los moros a los fascistas por esa parte.

Pero la verdad es que no entraron ni esa noche ni ninguna, sino que lo hicieron al terminar la guerra.

Subieron a casa mi padre y mi tía, recogieron algo de ropa y lo que pudieron y nos fuimos a casa de un amigo de mi padre, que era sastre y vivía por el centro de Madrid, en la calle Fuencarral.

Por suerte, los rebeldes no avanzaron más, se quedaron por la Ciudad Universitaria y el Parque del Oeste.

En casa de estos amigos sólo estuvimos unos días, no puedo recordar cuántos. Mi padre iba a trabajar y mi tía cada día trataba de sacar de nuestro piso lo que podía de ropa. Esta operación la hizo durante varios días, hasta que ya no pudo llegar a nuestra casa, porque los bombardeos eran continuos y los milicianos le dijeron que no pasara. Aquella zona era de guerra.

Mi tía llegó a casa de este amigo de mi padre llorando y diciéndonos: “Creía que no nos veríamos más”.

SALIDA DE MADRID

Mi padre hizo gestiones con unos conocidos cuyos hijos estaban en el frente y los padres se marchaban a Torrente (Valencia).

Prepararon el viaje y nos fuimos a Valencia mi tía y yo. Fuimos en camioneta; los viajeros eran personas mayores, mujeres y niños. El Gobierno de la República trató de aliviar el abastecimiento de la capital. Eso lo comprendo ahora, entonces no entendía nada.

Llegamos a Valencia y nos llevaron a Torrente. Nos alojaron en una casa de la calle Comandante Uribarri, no recuerdo el número, y nos dieron una habitación para cada familia.

De mayor y ya casado, visité un par de horas Torrente, por un viaje de trabajo que hice a Valencia. La casa donde vivíamos la habían reformado, y en un café muy grande que había cerca de la plaza cuya marquesina por aquel entonces decía “Izquierda Republicana”, esta vez ponía “Asociación de Cazadores”. Mi visita fue en plena dictadura de Franco.

De Torrente tengo muy buenos recuerdos. Nunca antes había visto los naranjos, y cuando llegamos estaban llenos de naranjas. Era una preciosidad. También tengo que agradecer el profesor que tuve, Don Francisco (no recuerdo el apellido). Todo lo que sé lo aprendí de él. Las matemáticas se me daban muy bien, por el contrario, no pudo meterme en la cabeza la gramática, por eso tengo tantas faltas de ortografía.

En Torrente, lo primero que hizo mi tía fue ir al Ayuntamiento a pedir trabajo para ella y colegio para mí.

Recuerdo el nombre de dos chicos de la clase con quien nos hicimos amigos: José Montilla, a quien le gustaba ir bien peinado, y Juan Vento, a quien le gustaba, como a mí, el dibujo. Muchas veces les he recordado, pero en aquellos momentos no se nos ocurrió tomar nota de las direcciones de cada uno, y nunca más he sabido de ellos.

Mi tía se colocó en un hospital de aviación en el Vedat de Torrente, que era un pueblecito de chalets y merenderos, con muchos pinos. No recuerdo a qué distancia estaba de Torrente, pero seguramente a unos tres o cuatro kilómetros. Tenía que subir andando los días en que no había unas tartanas que hacían el viaje. La bajada la hacía siempre andando, con tal de ahorrar algo. Mi comida me la dejaba siempre preparada, ya que trabajaba en el hospital todo el día.

De Valencia a Torrente se venía en unos tranvías que se cogían en las Torres de Quart. Un día, a un niño de los que estaban refugiados en casas de familias que los acogían le atropelló un tranvía de esa línea y se murió. En el colegio nos llevaron al entierro, y esa fue la primera vez que estuve en un cementerio.

Según pasaba el tiempo, las cosas se le complicaban más a la República. En Europa, Alemania con Hitler e Italia con Mussolini. Franco recibió mucho material de guerra que a estas dos naciones les sirvió de ensayo para lo que tenían en preparación, la II Guerra Mundial.

Además del material militar que recibían los sublevados, vinieron alemanes, italianos y portugueses que lucharon al lado de Franco. También la República recibió a los brigadistas, desde luego, en número menor.

En resumen, la República tenía la fuerza de la razón, y ellos la razón de la fuerza.

Esta frase la he querido poner en honor al profesor que tuve en Torrente, a quien se la oí decir varias veces.

Uno de los sitios que bombardearon los barcos de guerra (creo que fue el Baleares) fue Valencia.

Cuando llegamos a Valencia no se oía ni un tiro, todo lo contrario de cuando salimos de Madrid. A partir de esa noche, los bombardeos fueron más continuos. Nosotros veíamos los fogonazos y oíamos los estallidos desde Torrente, aunque nunca llegó ningún obús.

Recuerdo con tristeza el día en que llamaron a la quinta del biberón. Cuando se fueron los del colegio, fuimos a despedirles, igual que sus familias. Parecían niños (ahora los chicos de 17 años son más altos y están mejor alimentados). Todos seguían vestidos de paisano, y llevaban una manta (de su casa) que se la ponían de banderola, como se la ponen los militares, y un plato. En realidad, el plato era una sartén a quien el herrero le había quitado el rabo y le había puesto un anillo. Naturalmente, la sartén también era de su casa.

Se los llevaron en camiones. Uno de ellos era el que nos recogió en Valencia cuando llegamos de Madrid. No murió en la guerra, sólo le hirieron de metralla en la espalda. Le pude ver en Madrid cuando hacía yo el servicio militar.

Esta familia estaba formada por cinco hermanos: Manolo, Juanito, Alfonso, Víctor y Ventura. Ahora todos han fallecido. Ventura era de mi edad y, por lo tanto, fue el único que no estuvo en la guerra; lo que hizo fue la mili con Franco, y en el Pardo.

TRASLADO A MURCIA

Por motivos de seguridad, deciden trasladar el Hospital de Aviación a Murcia. Lo hicieron concretamente a un pueblo muy pequeño que se llamaba Santo Ángel (entonces tenía otro nombre que no recuerdo), en la finca de Juan de la Cierva, una finca muy grande y muy bonita, con muchos árboles, naranjos, limoneros, parras y pinos.

El personal y el material del hospital lo trasladaron en varios viajes, para no dejar de atender a los heridos y enfermos.

En uno de estos viajes, le tocó a mi tía y no podía ir yo. Los llantos que le costó separarse de mí fueron tremendos. Para que se quedase un poco tranquila, el médico, capitán Clariana, la convenció para que me quedase en su casa con su familia, hasta que en otro viaje me enviasen a mí.

En su casa estuve unos días, no recuerdo cuántos. Su familia estaba formada por él y su mujer, una niña más pequeña que yo, su hija, y una criada que era monja y este capitán quiso proteger.

Un día me avisaron de que fuese al hospital para salir en dirección a Murcia. Me presenté a la hora que me mandaron, formaron la expedición con familiares de médicos y trabajadores del hospital, y salimos en dirección a Murcia.

El viaje lo hicimos casi de noche, y al poco rato fue completamente de noche.

No dormí en todo el viaje. Me gustaba ver por dónde pasábamos. Fue la única vez que vi las típicas "barracas valencianas", ya que en Torrente no había ninguna. También pude ver donde guardan las cebollas: hacen algo parecido a los hórreos de Galicia; en este caso, son como jaulas de madera para que se ventilen las cebollas.

Llegamos a Murcia (al hospital) y nos esperaban familiares y personal del hospital. Mi tía no me dejaba ver nada, con sus besos y abrazos; le parecía que había pasado mucho tiempo sin verme, aunque sólo fueron unos días.

Dormimos unas noches en un salón, de lo que luego fue una sala del hospital. Cuando esta sala la necesitaron, nos fuimos a una nave que parecía para guardar carros. Menos mal que en frente había unas higueras y me puse las botas... y luego los labios...

Después de algunos días se organizó todo. El hospital funcionaba bien y los médicos y los familiares teníamos alojamiento, digamos, digno.

Mi tía enseguida se preocupó por mi colegio. Resultó que en aquel pueblo no había colegio. Ella no se conformó y, preguntando a uno y a otro, se enteró de que en el pueblo de al lado, Algezares, un señor daba clases. Así que allí fuimos.

Teníamos que cruzar un olivar de unos cuatro o cinco kilómetros. Total, que cada tarde tienes a José y a dos chicos más cruzando el olivar y apedreando pájaros.

La persona que nos daba clases no era profesor, sino que administraba fincas. Como dadas las circunstancias no tenía trabajo, con estas lecciones se ganaba la vida. Éramos tres chicos y la clase era en el comedor de su casa.

Los otros dos chicos eran hermanos. Uno venía cada día y el otro, un día sí y otro no; se alternaba las clases con un tercer hermano. Su madre, viuda, no podía pagar el colegio de los tres hijos y llegaron a este acuerdo con el profesor.

Un día recibimos carta de mi padre, que nos decía que se tenía que incorporar a filas, ya que habían llamado a su quinta.

A estos, por ser muy mayores, les decían la quinta del saco. Mi padre no veía del ojo derecho, así que nos causó mucha pena que se fuese al frente. Después de que terminase la guerra me enteré de lo que entonces ocurrió.

La empresa donde trabajaba mi padre la aplicaron para hacer material de guerra. Entonces, mi padre dijo que alegraría lo del ojo, y de este modo se libraría de ir al frente. Pero salió un "asqueroso compañero" diciendo que podía disparar igual. Total, que no alegó nada, y fue al frente. No le hirieron, pero pasó mucho frío y casi pierde una pierna.

El día en que terminó la guerra, los facciosos cogieron a todos los de aquel sector y los llevaron a un campo de concentración, en este caso a las cuerdas del marqués de Villagodío, en Valladolid, donde se llenó de piojos, pasando hambre y frío.

Mi tía y yo seguíamos en Murcia. El día en que se acabó la guerra, recibieron la orden de que cada uno siguiera en su puesto en el hospital.

Esta situación duró unos días, puede que 10 o 15, no puedo asegurarlo. Por supuesto, de mi padre no sabíamos nada.

Una tarde, después de comer en casa, mi tía regresó al hospital y se encontró todo revuelto y muchos falangistas. Los heridos y enfermos se los llevaron no sabemos donde; a las mujeres que trabajaban en el hospital les pagaron los días desde que terminó la guerra, con un sueldo menor al que ellas cobraban. No atendieron a ninguna pregunta y no se supo dónde llevaron a los heridos.

A las mujeres las despidieron y les dijeron que no volvieran más por allí. La mayoría de ellas eran de Madrid, así que sin trabajo y poco dinero, decidieron regresar a casa.

REGRESO A MADRID

Se juntaron todas las mujeres, haciendo gestiones para el regreso, enterándose de que en Murcia capital salían trenes para varios sitios y, por supuesto, a Madrid.

Embalaron la ropa y lo que tenía cada uno. Nosotros matamos y guisamos unos conejos que yo criaba. Alquilamos un carro para el equipaje y fuimos andando a la estación de Murcia. Llegamos a la estación, y allí estaban los trenes, todos ellos de mercancías. Preguntamos para ir a Madrid y nos señalaron uno de ellos, y en ese subimos.

Cuando leo algún libro de los judíos, me viene a la memoria este viaje.

Colocamos los paquetes en el suelo del vagón, para emplearlos de asiento, y allí pasamos cinco días y cinco noches. Las necesidades las teníamos que dejar para cuando paraba el tren en las estaciones, y sólo nos lavábamos si encontrábamos agua en la estación de parada.

El tren tardó tanto porque tenían preferencia los trenes de militares o de prisioneros.

Llegamos a la estación de Atocha, de Madrid, una tarde y allí se despidió todo el grupo. Nosotros fuimos al barrio de Lavapiés, a la calle del Amparo número 88, donde teníamos unos conocidos, y con ellos estuvimos unos días.

Al día siguiente de llegar, fuimos a ver la casa donde habíamos vivido. Aquello era de pena; poco o mucho todas las casas del barrio de Argüelles tenían señales de que fue zona de guerra.

De varias casas sólo quedaba el solar y los escombros. Tuvimos que ir andando, ya que no funcionaban los tranvías.

Cuando llegamos a nuestro piso, mi tía se puso a llorar. No quedaban muebles, no teníamos puertas ni ventanas, e incluso faltaban los marcos de las puertas y las ventanas (los arrancaron para hacer lumbre). Además de escombros y basuras, había fotos de la familia por el suelo. Recogimos las fotos y tratamos de limpiar un poco la casa. Sólo disponíamos de nuestras manos para hacerlo, así que nada más quitamos escombros y dejamos trozos de ladrillos grandes para tapar un poco las ventanas.

Cuando nos fuimos a Valencia, mi padre logró un permiso para sacar algunos muebles y llevarlos a casa de un compañero de trabajo, cuya familia también estaba fuera de Madrid.

El permiso era por ser zona de guerra, y no permitían el paso a nadie. Gracias a ese permiso pudo sacar las camas y un armario; lo demás quedó allí, y lo perdimos todo.

Lo que sacó lo llevó a la calle Mesón de Paredes, y eso fue lo que logramos salvar.

La finca de nuestra casa tenía 11 impactos de obús, la mayoría en la fachada, y alguno en el techo. No teníamos ni agua ni luz.

Encontramos a uno que fue boxeador y hacía portes con un carrito de mano. Mi tía le dijo que se trataba de llevar los muebles desde Lavapiés a Argüelles, y le enseñó el dinero que tenía. El hombre se conformó cobrando poco y nos trajo los muebles a casa.

Limpiamos en un par de días la casa y tapamos las ventanas con ladrillos y maderas. Pusimos cristales de los que había por todas partes, para que pasase la luz, y pegamos los ladrillos con yeso.

No teníamos puerta en la escalera, así que al acostarnos poníamos atravesada la mesa de la cocina.

Un día encontré una chapa grande, la subimos a casa y clavándola en un lado de la pared nos sirvió de puerta.

El agua teníamos que ir a buscarla a una fuente de la calle.

Poco a poco fueron regresando los vecinos, aunque algunos no volvieron nunca más, y no supimos de ellos.

Cerca de casa puso una cocina Auxilio Social y, a la hora de comer, nos daban arroz blanco, que algo era.

Por todas partes teníamos falangistas, con sus boinas rojas. Se pasaban el día desfilando y por donde pasaban, tenías que saludar con el brazo en alto.

¿Dónde estarán todas aquellas boinas?

40 AÑOS DE DICTADURA

La guerra civil fue una desgracia para España. También fue una desgracia muy grande que ganasen la guerra los rebeldes.

Todas las dictaduras son un retroceso en el tiempo. En América, esos gobiernos de generalitos sólo tienen al país bajo corrupción, miseria y analfabetismo.

En Europa lo hemos podido ver muy de cerca. En Rusia, con los zares, la población no eran personas, sino esclavos. Llegaron los comunistas, pusieron otra clase de dictadura y la cosa fue peor.

En Alemania, Hitler dejó el país arrasado y millones de muertos. En Italia, Mussolini dejó la nación por los suelos, eso sí, con los correspondientes muertos, e incluso mandó matar al marido de su hija.

No llegó a tanto en Portugal, pero el país no adelantó nada.

Aquí en España, logramos algo: El Valle de los Caídos, bueno, y el Conde de Moscardo y otros títulos más.

También logramos que se fueran al extranjero profesores, catedráticos y médicos. En las fotocopias que adjunto se puede comprobar.

Y todo esto, gracias a los “señores” que todo lo daban por la patria.

En la página 8, cuento que a mi padre y al resto de soldados de aquel sector los cogieron como prisioneros (hicieron lo mismo con todas las tropas de la República), y les metieron en campos de concentración.

De estos campos, no salía nadie hasta no saber quién era cada uno. De los comisarios políticos no se salvó ninguno; si eran comunistas, al paredón; los miembros destacados de la izquierda, a la cárcel. Alguno se pasó los 40 años a la sombra.

Para salir del campo de concentración, tenía que avalarte alguien del Régimen, un cura o un ex cautivo (preso de la República). También podía ser un falangista.

Mi tía se enteró de que un primo de ello, residente en un pueblo de León, era falangista, así que le escribió y mi padre pudo salir al recibir el aval.

Con esta criba se aseguraban de que la persona que no era de su agrado la quitaban de la circulación.

Este control no era el único. Dieron la orden de que cada ciudadano regresara a vivir allá donde vivía el 18 de julio. De este modo, podían informarse de lo que cada uno hizo ese día y tomar ellos la decisión que les parecía.

Recuerdo perfectamente una escena. Yo empecé a trabajar de aprendiz de pintor de coches. Éramos tres aprendices: Paquito, Miguel y yo y, como es natural, trabajaban hombres que habían estado en la guerra. Una tarde, vinieron dos policías de la secreta, preguntaron por el dueño del taller y, después de hablar un rato, se llevaron a uno de los trabajadores. Decían que era comunista, y lo cierto es que no le vimos más.

Para viajar, tenías que sacar un salvoconducto, que podías conseguirlo a través de un cura (entonces tenía mucha fuerza la Iglesia), de un militar o de algún industrial.

Si pasabas por un cuartel, cuando subían o bajaban la bandera, tenías que pararte y saludar con el brazo en alto.

En los tranvías había unos asientos con un letrero que ponía “Reservado para caballeros mutilados”. Los mutilados de la República no tenían ese derecho.

Las cartas también tenían censura, y en los sobres, donde se pone la dirección del destinatario tenías que poner “Viva Franco, Arriba España”.

En el cine, el teatro, el fútbol o toda clase de espectáculos, a la media parte, tocaban la marcha real y tenías que ponerte en pie y saludar.

La semana santa era de miedo. Apenas circulaban coches; en los pocos cines que permanecían abiertos sólo daban películas de Jesús y Los diez mandamientos. Por donde pasaba la procesión, cortaban todo el tráfico con un cordón de “los grises” (policías) y no pasaba nadie hasta el final. Todo eso eran los jueves y viernes santos; luego el sábado se podía respirar un poquito.

Las bodas tenían que ser por la iglesia, de lo contrario, no había boda. No se tenía que ir al juzgado; después de casarte por la Iglesia, el cura se encargaba de solucionar lo del juzgado y, pasados unos días, te daban el Libro de Familia.

Unos cuantos años después del final de la guerra, cuando se empezó con la compra de pisos, cuando los propietarios de los pisos tenían que hacer una reunión para tratar aspectos sobre la finca, se tenía que comunicar previamente a la comisaría del distrito. De este modo, el día de la reunión había un policía escuchando lo que se decía.

En los cines y los teatros, duró muchos años la costumbre de tener que, al pagar la entrada, pagar una chapita que valía 30 céntimos. Esa chapita cada domingo era distinta, y su importe se destinaba al Auxilio Social.

Cuando Franco visitaba Barcelona (supongo que en las demás ciudades pasaría lo mismo), como la policía tenía fichados a los ciudadanos no afectos al régimen, eran detenidos y los soltaban hasta que el “buen señor” se marchaba.

Sobre este párrafo, contaré una cosa que nos pasó cuando estábamos en Madrid y mi padre en el campo de concentración. Fuimos al mercado y nos encontramos con una conocida, cuyo marido, comunista, seguía en Francia. Esta señora le contó a mi tía que, durante la visita que hizo a Madrid el conde Ciano, fue la policía a su domicilio y se la llevaron detenida los días que duró la visita. Ella le decía a mi tía: “Me tenían con las prostitutas”; yo no sabía lo que era eso, pero me figuré que algo malo.

En la página 9 cuento que cuando llegamos a Madrid, al terminar la guerra, pasamos unos días en casa de unos amigos de la calle Amparo, en Lavapiés. Era un matrimonio, Víctor y Valentina, ambos ya fallecidos. Él trabajaba en las

oficinas de la estación del tren y, como nadie se salvó de la criba de la policía para saber el pensamiento político de cada uno, un día le tocó a Víctor. Resultó que era rojo y, claro, tenían que cambiarle el color, así que le mandaron a la cárcel. Le metieron en el Convento de las Descalzas, convertido en prisión.

Esta cárcel tenía una alambrada rodeando el edificio para que no se pasar por la acera del lado del convento; las calles allí son muy estrechas, y las aceras, también.

Había soldados con todo el equipo de guerra en varios puntos de la cárcel, con la orden de disparar si algún preso se asomaba.

Los presos tenían un día de visita, y las mujeres tenían que estar en la fachada principal para cuando las llamaban.

Mi tía, el día en que sabíamos que a Valentina le tocaba visita, le preparaba leche caliente y sopas de pan, y yo lo llevaba corriendo para que llegase caliente.

Un día, cuando Valentina se lo estaba tomando, sonó un tiro en dirección a una de las ventanas. Menudo griterío y llantos de las mujeres se formó. A una de las mujeres que estaba más apenada y más lloraba Valentina le preguntó si era su marido. Nadie lo podía saber, puesto que dentro no se podía pasar, y esa señora le contestó: "No lo sé, pero en ese lado está él".

A Víctor le tuvieron preso unos cuantos años, no puedo recordar cuántos. Lo que sí que recuerdo es que, como era rojo, no podía trabajar en la estación y perdió el empleo.

También había otros castigos. Teníamos un familiar que era cartero, y cuando llamaron a su quinta se tuvo que presentar. Cuando le mandaron a una unidad en el frente, dijo que era cartero. En aquel momento no le hicieron caso, pero luego le hicieron recoger cartas y dárselas a los soldados.

Cuando terminó la guerra y pudo ir a Correos, le respetaron la plaza, sólo que le cambiaron de destino: Madrid por Granada. Este hombre no era ni de derechas ni de izquierdas; tenía un montón de chiquillos y cuando se fue al frente lloraba a más no poder. Menos mal que regresó vivo.

En Madrid había el diario "Madrid", y parece que al gobierno no le gustaba su forma de escribir, así que en 1973 volaron el edificio con la maquinaria dentro.

Eso no se le ocurría ni a Pancho Villa.

La censura funcionaba en todas partes: cines, teatros, libros... (acompañó fotocopia de un libro).

Cuando Franco visitaba Barcelona, y supongo que hacía lo mismo en otras ciudades, lo hacía en compañía de su señora y la recua de nietos.

Una de las tiendas que visitaba era Casta Torrens, la zapatería de la Gran Vía, donde “compraba” zapatos para todos los nietos y, cuando le daban la nota del importe, decía: “Pasen por Pedralbes”. Naturalmente, no se preocuparon nunca de ir a cobrar. Eso lo sé porque tenía una conocida que trabajaba de dependienta.

También visitaba joyerías y, según se cuenta, en la época de Porcioles, hicieron un trato los joyeros y Porcioles que consistía en lo siguiente: la señora “compraba” lo que le gustaba y salía andando. Entonces, el joyero “vendedor” comunicaba el total de la venta al gremio y se repartían el gasto. En compensación, Porcioles les quitó un impuesto del Ayuntamiento. Total, que lo pagaban los ciudadanos.

EL VALLE DE LOS CAÍDOS

En la página 11 nombro el Valle de los Caídos. Los trabajadores (esclavos) se merecen que alguien que sepa escribir, no yo, y con toda la documentación, diga todo lo que pasó allí.

El Valle de los Caídos, al igual que los hornos de Hitler, lo hicieron para humillar y matar a los que no pensaban como ellos.

Cuánto frío, hambre y penalidades pasaron aquellas personas por el mero capricho de un faraón (perdón, quería decir fantoche), que quiso tener su pirámide.

Como es posible que el ejército, los políticos de entonces y la Iglesia no dijese que aquello era una vergüenza para España.

¡Ah, que había comisiones!

También se dicen muchas misas.

Entonces, nada, perdón.

MUERE EL DICTADOR

En una obra de ambiente madrileño, la dueña de una taberna, refiriéndose a su marido fallecido, dice: “No digo que mi marido en gloria esté, porque la que está en la gloria soy yo”.

DEMOCRACIA

Que difícil es tener democracia con la derecha española.

Lo peor es que ellos se creen que tienen razón; no se dan cuenta de que cuando España ha mejorado ha sido en gobiernos liberales.

Bueno, miremos sino desde que terminó el régimen dictatorial.

En el año 1936, teníamos un gobierno legal conseguido con unas elecciones. Llegan unos señores a quienes no les gusta la República, organizan una guerra con la ayuda de países totalitarios, eliminan a todos los que no piensan como ellos y gobiernan, sin contar para nada con los españoles.

Franco prepara, para cuando él no esté, a una persona que sea rey, y rey tenemos.

Continuamos con el rey, incluso después de los asesinatos de los abogados laboristas, después de la operación Galaxia, después del 23-F, después de las últimas amenazas de los generales “democráticos”...

Ahora tenemos un gobierno de izquierdas; Zapatero, una persona dialogante, que nos sacó de una guerra ilegal.

Ahora parece que se puede llegar a un acuerdo con la ETA; eso no le interesa al PP, cuya única meta es derribar al gobierno actual para colocarse ellos.